

Rifar el Corazón

de Dino Armas

(Un espacio blanco o negro. Sin paredes, puertas o ventanas. En contraste, una ambientación muy realista: una mesa, tres sillas, algunas plantas y muchas cajas de todos los tamaños; algunas abiertas, otras cerradas. Silvana sentada junto a la mesa. Mira hacia delante. Su cartera sobre la mesa y al lado de una caja abierta. En otra silla, separada de Silvana y - tal vez - de espaldas al público, Alicia. Música que sirve para unir la obra. Esta vez el tema musical está tarareado por una voz infantil femenina. Entra Marta con una bandeja con todos los elementos para servir un té.)

EL DESAYUNO

MARTA- Ya está listo. No demoré tanto, no?. Tenía el agua caliente del mate.... (se queda parada. Mira buscando.)

SILVANA- Te hago lugar?

MARTA- Haceme el favor. (Silvana retira la caja. La deja en el suelo no sabe qué hacer con su cartera. Finalmente la dejará en el suelo.)

Demoré mucho para vos?

SILVANA- No...

MARTA- Qué hiciste?

SILVANA- Nada. Esperé. Qué querés que hiciera?.

MARTA- Te fijaste en mis plantas?.

SILVANA- Sí.....

MARTA- Viste qué lindas que las tengo? Ahora están adentro una, por las heladas y los caracoles que no perdonan nada, y otra por el mal de ojo

de las vecinas ... No, no te rías. Yo antes no creía en esas cosas. Pero tuve que creer o reventar. No sabés. Antes tenía plantas por todo el frente. Pero era pasar la gorda Beba y mirarlas; o que se parara y me dijera: "Qué lindas tenés las plantas, Marta", para que al otro día: Paff... me aparecieran todas las pobres plantas secas, secas, secas. Te diría más: quedaban como quemadas por un fuego... (otro tono). Te corté un limón. Vos le ponés limón al té?

SILVANA- Sí...

MARTA- Viste lo caros que están. Es de no creer. Y eso que estamos en plena temporada. Pero lo de la gorda Beba me terminó por convencer.... Vos te acordás de la gorda Beba?

SILVANA- (no muy convencida.) Sí... Me parece que sí....

MARTA- Tomá

SILVANA- Una sola taza?. Vos no vas a tomar?

MARTA- Yo hace horas que desayuné. Y nada de café o té como vos. Yo, igual que mamita, me mantengo fiel al mate amargo. (al poner el azucarero y el sobre de té.)

SILVANA- No, dejá, Marta. No te molestés. (busca en su cartera. Saca un sobre de té. La otra la mira rápida.)

MARTA- El té de acá es muy ordinario para vos?

SILVANA- Decís cada cosa. Capaz que el tuyo es mejor. Sabés lo que pasa?

Tengo el estómago mal acostumbrado. Si tomo otro tipo de té, a lo mejor me cae mal.

MARTA- Me lo dejás ver? (lee) No sé qué... "tea"

SILVANA- Té de frambuesas. (saca el sobre. Toma el saquito.)

MARTA- Seguro que no es de aquí.

SILVANA- Es importado.

MARTA- Ah. (leyendo.) "Irish". Y de dónde es ese "Irish"

SILVANA- De Irlanda. Irish quiere decir "irlandés" en inglés.

MARTA- (se muerde). Bien dicen que todos los días se aprende algo nuevo,
no?

SILVANA- Para que no pienses que te digo a todo que no, voy a usar tu sacarina.
(estira la mano para tomar un frasquito que quedó sobre la mesa.)

MARTA- (demasiado fuerte.) No. (cambia.) Es un remedio. Uno que tengo para
Alicia. No sé cómo lo dejé acá. (lo guarda.) Usá el azúcar.

SILVANA- (buscando en su cartera.) Hace años que no le pongo azúcar a nada. (en
secreto.) El azúcar se te va a las caderas.

MARTA- (la imita. Con sonrisa.) Y la amargura a algunas se le va a la cabeza.

SILVANA- (encontró la sacarina. A Marta, con sonrisa, dándole la taza.) Me das
agua, hermana?

MARTA- Cómo no, hermanita. (lo hace.)

SILVANA- Hay que dejarlo reposar.

MARTA- Como a mí.

SILVANA- Alicia no desayuna?

MARTA- Le dí antes que vos llegaras. El desayuno de mi hija no es un
espectáculo recomendable para que lo vean las visitas. Tiene un antes y
un después. Te diría que es casi, casi como una ceremonia. Me hace
acordar a algo de la Biblia. No sé por qué. A lo mejor es por algo que
leí o que ví en la tele. Aparte del café con leche, de la avena o de lo que
tenga para darle; tengo que tener preparado: repasador, palangana,
servilletas de papel y una toalla usada. Esa, que no se puede ni mostrar
a una hermana. La ceremonia empieza al tenerle que limpiar la baba.
No bien ella huele el desayuno le aparece ese hilo espeso que le cuelga

de la boca. Pero eso no es nada, Silvana, comparado con lo de tenerle que dar de comer. Alicia come con el pelo, con los dedos, con la ropa, con todo. Y si está nerviosa -como está hoy- hasta yo ligo comida en la ropa y en el cuerpo. Ella come y después hay que lavarle cara, cuello, brazos... No será eso de la Biblia?. Lo de lavarle el cuerpo a alguien?paro aquí? O te sigo contando de los desayunos de tu sobrina?.- Mejor paro, no?. Porque es un cuento largo y se te puede enfriar tu té importado. Digo yo....allá, en esa Irlanda, también habrá bobas como mi Alicia.

SILVANA-

Alicia no es boba.

MARTA-

Ah, no? Y, según vos, cómo se llama lo que ella tiene?

SILVANA-

No sé. No soy médico. Pero es como un retardo, no?

MARTA-

Alicia era como vos y como yo. Fue así hasta los quince, casi los dieciseis años. Y una noche esa Alicia -que era como vos y yo- se acostó y en la mañana del otro día yo me encontré con esta otra Alicia. No habrá sido un castigo de Dios, che?. (Silvana sin saber qué contestar o sin querer contestar echa sus pastillas edulcorantes en el té.). Tantas le ponés?. El azúcar de esas pastillas no se te va a las caderas?

SILVANA-

A lo sumo serán cancerígenas. No querés que te deje lo que me sobra del frasco para tu mate de la mañana?.-

MARTA-

Por suerte lo tomo amargo. Bien amargo.

SILVANA-

Y, sí. No podía ser de otra manera.

MARTA-

(levantándose con plato o bandeja.) Las galletitas mejor las llevo para la cocina.

SILVANA-

Por...?

- MARTA- Y no son dietéticas. No son sin sal. Ni bajas en calorías. Tienen todo lo que engorda las cadera y los culos de las señoras.
- SILVANA- Marta ... vos diciendo malas palabras?. Te desconozco. Antes no eras así.
- MARTA- Y qué querés? Me siento todas las tardes frente a la tele. Y culo es lo más suave que se oye. Se me pegan las malas palabras. Parece mentira pero uno aprende tanto con esos programas. Te actualizás totalmente. Yo, ahora mismo, te puedo hablar de orgasmos múltiples; de frigidez, de tetas, con o sin siliconas y de operaciones de vaginas. Soy, gracias a los programas de la tarde, una enciclopedia sexual viviente. Ahora decime, sinceramente, culo no es más lindo que las palabras que usábamos cuando éramos chicas? (se para e ilustra con golpes.) Pandeiro, traste, poto, cola...
- SILVANA- (mirándola significativamente.) Por lo que se vé, vos comiste bastante galletitas.
- MARTA- Mirá que esto no es por las galletitas. Es hereditario. También lo aprendí con la tele. Pero vos sabés bien que mamita tenía lo suyo. Y, que si vos te descuidás un poco, zás, te sale el culo de la finada.
- SILVANA- Bueno, entonces si es algo hereditario no se puede detener. Así que voy a comer sin culpa un par de galletitas. Dejalas nomás en la mesa, Marta.
- MARTA- Mirá, Alicia; tu tía Silvana se va a dignar comer unas vulgares galletas barriales. (a Silvana) Mirá que no son de marca ni de ningún shopping. Las compro sueltas en el almacén de la esquina.
- SILVANA- (a punto de comer una. La aparta.) De veras?

- MARTA- Comela tranquila, boba. Son de paquete. (pausa donde Silvana come y toma su té siendo observada por Marta.) Tengo que reconocer que tu visita, por ahora, me está saliendo baratísima. Solo gasté en agua caliente.
- SILVANA- Y en las galletas. Son ricas, sabés?. Vos no comés?
- MARTA- Ahora no.
- SILVANA- Alicia no querrá una? Mira de una manera ...
- MARTA- (Sin mirar a su hija.) Con cuál manera? Si siempre está igual. Se babea?
- SILVANA - No. Pero...? Cómo...?
- MARTA- Cómo puedo hablar así?
- SILVANA- Sí...
- MARTA- Tu hijo cuando tenía hambre te lo decía. Vos o yo, también lo decimos. O vamos a la heladera, cortamos un pedazo de pan o agarramos una fruta. Pero vos, tu hijo y yo somos normales. Sé cuando mi hija tiene hambre, cuando le aparece esa baba o cuando hace un ruido que es como un ronquido raro... (se acerca a Alicia con una galleta.) Querés Alicia? (le acomoda el pelo sacándoselo de la cara.) Tu tía quiere saber si tenés hambre? (a Silvana.) Ves? No hay ronquido raro. Tampoco hay babas. Nuestra Alicia no quiere comer galletitas. Ah, a veces se orina, Eso, también, me dice que tiene hambre o sed... o yo qué sé.
- SILVANA- Marta....
- MARTA- Ponés la misma cara y decís Marta del mismo modo que toda la gente. No quiero la lástima de ellos ni la tuya, Silvana. Alicia es así y punto. Ella está bien. Yo estoy bien. Y el mundo sigue adelante. Y mañana todo puede cambiar. Siempre puede pasar algo nuevo mañana.

SILVANA- No fue mi intención...

MARTA- Lo sé. Pero para mí lo de Alicia es tan común. Para mí ella no tiene nada de diferente a vos, a tu hijo o a Teresita -la vecina de al lado- que es de la misma edad que Alicia. Mi hija es igual a las otras muchachas. Tal vez un poco más quieta. Un poco más callada. Algo más vieja que ellas. Pero no sabés todo lo que hablamos con Alicia. Nos sentamos frente a la tele y le comento todo lo que vemos. Y si no conversamos de la tele, vamos para el frente y nos pasamos las horas mirando las plantas. En otoño, las dalias. En julio, las rosas. Y el hibisco - reventando de flores - en

verano. Y la gente nos saluda o se para a hablarnos. Todos; menos la gorda Beba. A ella - ni Alicia ni yo - le damos tiempo para que se instale en el portón. La vemos y salimos como rayo para adentro. No es cierto que sí, Alicia? Siempre dejamos a la gorda con la palabra en la boca. Después la vichamos por atrás de las persianas. No sabés, las caras de la Beba y de la gorda chica , la hermana, mirando la puerta cerrada. Son dos poemas. No es verdad que no miento ni un poquito así, Alicia?

SILVANA- Sabés que no me acuerdo bien ni de la Beba y menos de la hermana...

MARTA- Pero cómo no te vas a acordar de la Beba y de la Alejandrina?. Las de la esquina. Las que siempre fueron gordas desde chicas. Ahora si las ves están el triple de gordas que antes. Están así. (gesto). La Beba le dice a todo el mundo que es modista diplomada en "MA PA"...Dice. Yo quisiera ver el título. La Alejandrina, es como una fotocopia de la Beba... Un clon, como dirían los de la tele. Ay, pero te tenés que acordar de ellas. Cuando las dos salían juntas a dar una vuelta por el

barrio, si te las topabas tenías que bajar a la calle. Porque la gorda grande y la gorda chica ocupaban toda la vereda.

SILVANA- La Beba era una medio rubia con muchas pecas en la cara...?

MARTA- Esa era la otra gorda del barrio. La Darinka. La hija de los lituanos. Murió la Darinka, sabés?.. Un ataque al corazón. Pero la Darinka era un palo al lado de las otras gordas. Que - de paso- te recuerdo, la Beba y la Alejandrina, son dos chinas morochonas y de pelos bien lacios... Pero, de verdad, no te acordás de ellas?

SILVANA - No mucho...

MARTA- Ay, Silvana, con los datos que te estoy dando es como si te mostrara una foto carné de las dos.

SILVANA- Qué querés?. Vos las ves todos los días. Yo, hace tiempo, años, que no me las cruzo, que no hablo con ellas, que no las veo...

MARTA- Me parece que te hizo mal el irte a vivir a Carrasco. Qué?. Te hicieron una lobotomía barrial?

SILVANA- Vos sabés bien que nunca fui muy fisonomista...

MARTA- Lo que soy yo, veo una cara y no se me olvida más. Cuántas veces habré ido a tu casa de Carrasco?

SILVANA- No sé. Tres... cuatro?

MARTA- Cinco. Cinco veces fui. La primera al año de mudarte vos. Cuando me invitaste a conocer la casa. Otras dos cuando estuviste muy enferma y no se sabía bien lo que tenías. Después cuando Ruben cumplió quince años. Y, la última, al morir tu marido. Hace bastante de todo eso, no?. Y yo te puedo decir en este mismo instante como eran tus vecinos, el nombre de la mujer de la farmacia de la esquina y cuántos muchachos trabajaban en la estación de servicio de enfrente de tu casa. En eso de

acordarme de las cosas y de la gente, salí a mamá. Sólo que la finadita tenía más memoria que yo. Y lo lúcida que era. Murió con toda su razón. Y acá, en su casa, como ella quería. No en un hospital o en la Sociedad... Hasta último momento, la pobre, preguntó por vos... Pero, claro, vos no estabas por acá. El mismo día que murió ella llegó una postal tuya desde Venecia. Un beso para mamá, pusiste... Yo se lo dí en tu nombre y le susurré lo de la postal en el oído. Los muertos escucharán? Entenderán...? Ay, Silvana, esto de acordarme de todo - al final - es casi como un castigo. A veces me gustaría ser como vos. Es mejor no acordarse tanto de las cosas. O de lo que hace o deja de hacer la gente, los vecinos o los familiares. (se miran.).

SILVANA- En lo charlatana saliste a papá. Él tenía un cuento para todo. Te acordás?

MARTA- Sí. Las veces que no podía dormir por los cuentos del viejo. Aquellas historias que inventaba en las noches de lluvia. Ahora estoy segura que eran todos inventos de él.

SILVANA- (entre risas.) La degollada que caminaba con su cabeza en los brazos...

MARTA- Y la cabeza hablaba...

SILVANA- El epiléptico que fue enterrado vivo y que nadie escuchó sus gritos. Y que, después, al abrir el cajón lo encontraban boca abajo.

MARTA - Los cuentos del viejo... Si lo agarran ahora alguno de los sicólogos de la tele, se hacen un festín. Vos sabés lo raro de todo esto, qué es?

SILVANA - Qué...?

MARTA- Que yo, a veces, le hago los mismos cuentos a Alicia. Y a mí no me gustaban. Me daban miedo. Entonces, por qué se los cuento a ella?

SILVANA- Vaya uno a saber...

- MARTA- Le tendría que cortar el pelo, no?. Lo tiene demasiado largo... Cada día que pasa me acuesto más tarde y me levanto más temprano. Todo lo de Alicia cada vez me lleva más tiempo...
- SILVANA- Me servís un poco más de agua?
- MARTA- Sí. (lo hace y habla al mismo tiempo.) Es gratis...
- SILVANA- Ya me lo dijiste. O es una indirecta para que te pague por el agua?
- MARTA- Hablo de la gorda Beba.
- SILVANA- No habías terminado con ese tema?
- MARTA- Recién empezaba.
- SILVANA- Pero vos vivís pensando en la pobre Beba y en Alejandrina. Qué te hicieron?
- MARTA- A mí nada. Pueden con mis plantas pero conmigo, no. Es que todavía no te conté lo mejor.
- SILVANA- Y qué es lo mejor?
- MARTA - Acá, en el barrio, se corre que la gorda Beba "changa"...
- SILVANA- Y qué es "changar"?
- MARTA- Ay, a vos hay que explicarte todo. Que "changa", que se acuesta con tipos. Ah, eso sí, yo no lo ví. Pero... cuando el río suena... Lo que yo sí creo es que lo debe hacer gratis. Porque quién le puede pagar algo a ella?. Hay que tener un estómago parar acostarse con tanta mujer...
- SILVANA- Siempre hay un roto para un descosido, no?
- MARTA- Ese era un dicho de mamá. Te acordás? (Silvana asiente.) Este juego de té era de ella. Es loza inglesa. Seguro que la habrá traído papá del puerto.
- SILVANA- Todo lo que traía. Lo más raro y extraño junto a lo más común. Siempre me voy a acordar de cuando trajo aquella bolsa enorme llena

de coco rallado. Nos la comimos a puñados. El empacho que me agarré yo...

MARTA- Y el azúcar negra. Los chocolates amargos...

SILVANA- Los dulces en lata. Y los cortes de tela...

MARTA- Los farolitos chinos...

SILVANA- Decía que eran cosas que le regalaban en el puerto...

MARTA.- Siempre se afanó en el puerto. Antes y ahora.

SILVANA- Ay...afanar...es muy fuerte.

MARTA- Bueno, y cómo querés que lo diga?. Papito hurtó de los hangares del puerto?. Nuestro progenitor fue un caco de los barcos...?

SILVANA- Robo o no, cada vez que él volvía era como tener, de vuelta, a un mago en casa. Llegaba. Dejaba el morral encima de la mesa. Y mamá, vos y yo, las tres juntas rodeábamos aquella mesa. Ansiosas; deseando; esperando a que él con sus grandes manos nos mostrara los tesoros escondidos dentro de aquel morral. Y de ahí salían pañuelos de encaje para mí, abanicos para vos, manteles para mamá. Y las telas... Aquellas telas tan suaves, tan coloridas... que después iban a ser mis polleras y tus blusas que llamaban la atención de todos...

MARTA- Y los olores, Silvana. El intenso del azafrán... el dulce del azúcar rubia... El del anís; tan fuerte que te hacía picar la garganta. Y el rapé... ese polvito amarillento que papá guardaba en cajas chatas...

SILVANA- Y los nombres raros de los barcos? Y el color de los tifones?. Los cielos llenos de otras estrellas. Aquellos caracoles enormes donde escuchábamos el ruido de los mares lejanos...

MARTA- Cuando murió papá se nos acabó ese mundo mágico...

- SILVANA- Todo cambió cuando murió él, no?. El mundo y nosotras. Mamá se puso tan seria...
- MARTA- Me hubiera gustado tanto que Alicia lo hubiera conocido...
- SILVANA- En una de las cajas hay fotos de él. Querés que las busque?
- MARTA- Después. Tenemos todo el día por delante.
- SILVANA- Nos dará el tiempo para contarnos todo?
- MARTA- Sí. No sé...
- SILVANA- Al menos me terminaste de contar lo de la gorda Beba. (ante la mirada de la otra) O hay más?
- MARTA- Si habrá. Pero ahora perdió la gracia; fue una cosa del momento. Te sirvo más?
- SILVANA- No gracias.
- MARTA- Entonces levanto todo?
- SILVANA- Sí. Te ayudo?
- MARTA- No. Puedo sola. (por el té). Dejaste un poco. (Silvana asiente.)
- Ah, me da no sé qué tirarlo. (se lo toma de un golpe. Se miran. Pausa corta.) Será todo lo "irish" que vos quieras pero tu té tiene el mismo gusto de los que se venden en el supermercado de aquí a la vuelta. (Marta mutis llevando adentro todos los elementos que hay sobre la mesa. Silvana se acerca a Alicia. Los parlamentos de adentro y de afuera se superponen.)
- SILVANA- (bajo, suave.) Alicia... te acordás de mí? (tímidamente estira la mano o acaricia la cabeza de Alicia o trata de arreglarle la ropa. Alicia irá subiendo en su nerviosismo pautando con ruidos y movimientos su "diálogo" con Silvana.)

MARTA- (fuerte, de adentro.) Lo que me quedó por contarte de la Beba es que aparte del mal de ojo a las plantas y lo del yiro, tiene fama de mugrienta. Dicen los que estuvieron cerca de ella ... (en las intervenciones de Marta se tiene que escuchar de fondo el ruido de agua y de platos que chocan y de cajones que se abren y cierran.)

SILVANA- ...Soy Silvana, Alicia, tu tía Silvana. La mamá de tu primo Ruben. Ruben, sí. Lo querés decir? (la toma por el mentón.) A ver. Yo te ayudo. Repetí conmigo: Ru...ben..Ru...ben...

MARTA- Y yo tenía afuera una ruda macho que era una maravilla. Y la gorda, tarde que pasaba, tarde que decía: "Qué divina esa planta de ruda. Cualquier día de estos me tenés que dar un gajito" y yo, para mí decía: "lambete que estás de huevo...."

SILVANA- ...Ruben te apreciaba mucho. Siempre me dijo que vos eras la prima más linda que tenía. Y sabés una cosa? Yo pienso igual que él. Sos muy linda Alicia. Sabés no, que tu primo se fue? Ahora está viviendo en Nueva York...

MARTA- ...Y entonces, de a poco, a la ruda se le empezaron a caer primero las flores y después las hojas... Y, claro, era la fuerza de la envidia de la gorda grande, y de la gorda chica...

SILVANA- ... en todas las cartas que él me manda siempre pregunta por vos. No pregunta por ninguno de sus amigos. Sólo se acuerda de vos. De Alicia, la de los ojos grandes; pone...Y vos te acordás de él? Vos te acordás de tu primo Ruben?

MARTA- ...y lo que tiene la ruda es que para ponerla adentro es muy jedionda. Pero cuando ví que se iba poniendo toda amarilla y quedándose en puro palito; trancé, trancé. Trancé, sí. Lo hice para salvar a la ruda macho.

Sabés que hice?. Le dí un gajo a las gordas. Con eso la salvé. Fue darles el gajo y la planta se me puso verde y fuerte como antes. Y quedó divina. Divina...

SILVANA- ...no querés una galletita? (le abre la mano y le coloca la galleta. Alicia abre la mano y la deja caer. Silvana vuelve a ponérsela en la mano y ella la vuelva a tirar.) Esta noche, cuando Ruben me llame, le voy a contar que te ví. Que seguís linda como entonces. Como cuando él ... (entra Marta secándose las manos con un repasador.)

MARTA- Ya limpié y sequé todo. Yo soy así. No puedo dejar nada en la pileta. Qué hacías?

SILVANA- Nada.

MARTA- Sentiste el final del cuento de la gorda Beba?

SILVANA- Sí...(se miran intensamente. Pequeña pausa.)

MARTA- Así que mañana te vas a Nueva York?

SILVANA- Sí.

MARTA- Para siempre?

SILVANA- Sí. Para siempre. (la luz baja lentamente sobre las dos. Sube tema musical cantado por la voz infantil femenina. Convulsión de Alicia. Las otras mujeres quietas. La luz tiñe con color irreal sólo la figura de Alicia. Marta y Silvana repiten todos los movimientos anteriores desde que Marta hizo mutis a la cocina y Silvana se acercó a Alicia. Se escuchan grabados los parlamentos de Silvana: "Alicia...te acordás de mí?" y el que sigue de Marta: "Lo que me quedó por contarte de la gorda Beba..." etc. Los parlamentos que siguen se pasan distorsionados. Alicia, de cara al público, dice su monólogo interior de una manera "normal".)

ALICIA- ...me acuerdo sí, tía. Claro que me acuerdo de vos. Me acuerdo de tu perfume. El olor de tu ropa. El mismo olor que tenía la ropa de mi primo. Y el mismo que tenía en su piel. Mi primo...Cómo tengo que decirle, tía?. Mi primo Ruben. Ruben el amigo? O mi amante Ruben?. El primero, el único y el último. Por supuesto que me acuerdo de Ruben, tía Silvana. Su voz diciéndome que me quería, que no tuviera miedo, que no importaba que fuéramos primos hermanos, que no me iba a doler... Y el calor de esa tarde de verano que no me dejaba respirar, tía. Y el de las manos de él que no me dejaba respirar. Y el sudor en el pecho que le corría como una agüita caliente y que seguía hasta mojarle el estómago y que se perdía en aquellos vellos tan oscuros. Tantos ... y entre esos vellos oscuros y mojados aquella cosa palpitante...caliente...que él me hizo que tocara y, después, le sintiera el gusto. Un gusto salado, tía. No podía respirar. El miedo, el calor, las ganas y el desear se me juntaron y yo respiré con él, transpiré con él, jadeé con él... Después el placer y el dolor. La sangre y el buscar en los ojos de él algo. Y los tenía cerrados, tía. El esperar una palabra, no sabía cuál, de aquella boca cerrada, tía Silvana. Y más tarde el miedo a que se me notara. El tener que mentir y el disimular... de verdad, tía soy linda? No, no quiero que me toquen. Nadie. Porque después me viene ese dolor. El que se me sube por todo el cuerpo y que, después, se me mete en la cabeza y no me deja ha...blar. Y...no me deja que yo .. mire... y no me deja mover, tí...a-(ha ido subiendo en su voz y en sus movimientos.) Y no me deja salir. Salir de acá. De esta casa. De esta silla. De este cuerpo. De este cuerpo. De este cuerpo, tíaaaa....(durante este monólogo interior de Alicia, las otras mujeres, como sombras, en

la semipenumbra han ido colocando los elementos para el almuerzo.

Tema musical que une la obra y que se va modificando.)

EL ALMUERZO

(Marta y Silvana terminando de almorzar. Ahora se vé a Alicia por transparencias, en otro espacio, frente al televisor. Televisor que la ilumina con su luz particular.)

MARTA- Y...?

SILVANA- Riquísimos.

MARTA- Verdad que no hay como unos buenos tallarines caseros?

SILVANA- Yo soy incapaz de hacer un huevo frito.

MARTA- Lo que pasa es que vos siempre tuviste empleadas. Yo no tuve esa suerte. A veces pienso que toda mi vida cociné para otros. Para mi marido hasta que se fue, para mi madre hasta que murió y ahora para Alicia...

SILVANA - Y hoy para tu hermana.

MARTA- Es raro... pero nunca cociné sin tener obligación. No sé si me entendés?. Nunca cociné para mí sola. Nunca hice una comida que me gustara mucho a mí. Dicho sea de paso; creo que no me gusta ninguna comida. Me da igual la carne, la pasta o el pescado...

SILVANA - Quieras o no, Marta, tenés arte en esas manos. Cocinás riquísimo. De chica ya se veía. Mamá era de ponderarte mucho.

MARTA- Aprendí a cocinar mirándola a ella. Pero sabés lo que nos diferencia totalmente?

- SILVANA- Esperá. Callate. Primero dejame tomar otro trago de vino. Creo que estoy a punto de saber un secreto culinario muy, pero muy importante. (levanta su copa.) Salud por las buenas cocineras.
- MARTA- Mirá que es una pavada, eh? Pero es algo que siempre pensé. Mamá permanentemente estaba con una canción en la boca mientras cocinaba. Así fuera una gran comilona o un simple desayuno. Y yo, no. Yo siempre cocino callada. Sin ruidos. Con la boca apretada a más no poder. Y mirá que me doy cuenta, eh?. Y que me pregunto: por qué yo no puedo cantar como ella?. Y aunque lo intente, igual sigo pelando las papas, picando las cebollas y batiendo los huevos con la boca cerrada...
- SILVANA- Bueno... es que hay personas alegres y otras tristes. A vos te pasó siempre eso? Lo del canto...?
- MARTA- No. (al pie.) Sí.
- SILVANA- Ponete de acuerdo. Es sí o es no.
- MARTA- (juega con su copa.) Es que hubo una época en que sí cantaba. Pero una época corta...casi nada.
- SILVANA - Mirá que soy yo la que está tomando más vino que vos...
- MARTA- Yo diría que estamos a la par.
- SILVANA - Vas a seguir?
- MARTA- Tomando?
- SILVANA - Contando.
- MARTA- Las dos cosas (levanta su copa.) Salud.
- SILVANA - Así a secas, no. Tenemos que brindar por algo. Dale. A ver qué se te ocurre.
- MARTA- Y... salud por los secretos...
- SILVANA - Por los tuyos o por los míos?

MARTA- Yo me comprometo por mis secretos.

SILVANA- (levanta su copa) Y yo por los míos.

MARTA- Quién empieza?

SILVANA - Vos. Eras la que estaba brindando

MARTA- (respira hondo) Mirá, Silvana... vos y yo ya estamos grandes...

SILVANA - Qué novedad...

MARTA - Y vos te vas mañana para Nueva York...

SILVANA- Exacto. En el primer vuelo de la tarde. Asiento veintidós C, pasillo. Vuelo con escala en San Pablo.

MARTA- No pensaste que vos y yo tal vez no nos veamos nunca más...?

SILVANA - Por qué no?. En este mundo de hoy, como te habrá enseñado tu televisión de la tarde, no existen las distancias. No es como antes. Hay aviones con horarios y destinos para cualquier lugar del planeta. Puedo ir y volver de Nueva York cuando quiera... (la otra sigue negando.)

MARTA- Estamos grandes, Silvana. Viejas. (antes de que Silvana replique.) Yo sé, acá adentro, que vos y yo no nos vamos a volver a ver.

Mirame. Mirame de frente. No tengo razón en lo que te digo?

SILVANA- (bajo.) Sí...

MARTA- Entonces este es el día que nos queda. El único en el que podemos decirnos todo. Donde nos podemos contar hasta lo que nos pueda dar vergüenza. Me gustaría tanto poder ser como cuando éramos jóvenes. Cuando yo sabía todo lo tuyo y vos lo mío. Te acordás?

SILVANA- Sí. Éramos unas pavotas...

MARTA- Éramos, sí. Pero no había secretos entre las dos.

SILVANA- Ah, secretos... Aquellos secretos, contados ahora, darían risa.

MARTA- Los secretos de antes, sí. Pero mi secreto de vieja es serio. No es para reírse. (la mira. Apura el contenido de la copa.). Tuve un amante...

SILVANA- (después de la sorpresa.) Vos...? (amaga reírse.) Un amante vos...?

MARTA- Te reís?

SILVANA- No, claro que no. No serías la primera ni la última mujer en hacerlo. Es más; estás en todo tu derecho. Aníbal, tu marido, te dejó. Así que...

MARTA- Lo de mi amante no fue cuando Aníbal me dejó. Fue antes. Cuando el todavía vivía acá...

SILVANA- Retiro lo que dije antes. Lo del derecho. (con gesto de pedir permiso para tomar.) Puedo...?

MARTA- Y... era menor que yo.

SILVANA- (con ojos de sorpresa.) Sí...?

MARTA- muchos años menor. Era casi de la misma edad que Alicia. (rápida.) Y antes que me lo preguntes: era muy buen mozo y no tenía ningún defecto. No era rengo ni tartamudo ni ciego.

SILVANA- Me lo estás diciendo y no lo puedo creer. No me entra en la cabeza.

MARTA- Por qué no? Te parece que un hombre joven, lindo y sano no se podría fijar en mí?

SILVANA- Todas esas virtudes tenía el chico? Y se puede saber el nombre?

MARTA- Isidoro...Isidoro Martínez.

SILVANA- Por qué me suena ese nombre?

MARTA- Será por lo de Martínez. Abrís la guía y hay páginas enteras llenas de Martínez.

SILVANA- No. Me suena porque vos me lo nombraste alguna vez. No me lo nombraste como amante. Me lo nombraste como otra cosa. Pero cómo...?

MARTA- Estuvo, por un tiempo, viviendo aquí...Era un...

SILVANA- (al pie.) Estudiante.

MARTA - De Artigas.

SILVANA- Vos le alquilabas un cuarto. Y le hacías la comida. Y le cantabas...

MARTA- Al principio no le cocinaba. Pero después al ver la desesperación de Isidoro por las encomiendas que no llegaban o por las que se perdían; que yo...

SILVANA- Que vos le diste techo, cama y comida.

MARTA- Dicho así, suena horrible.

SILVANA- Pero le diste, o no le diste, las tres cosas al pobre estudiante bayano?

MARTA- Sí. Acá. En esta misma casa. Al lado del cuarto donde murió mamita. A mí me daba una cosa... pero estaba como loca.

SILVANA- Eso no lo dudo. Habiendo tantos hoteles alojamiento y vos haciéndolo aquí. Puerta con puerta con el cuarto de la finada. La pobre debería estar revolviéndose en la tumba: Su Martita, la hija por la que ella pondría sus dos manos en el fuego, con macho.

MARTA- Ay, Silvana, hablá bajo por favor...

SILVANA- Sabés una cosa?. Mamita seguro que no, pero lo que soy yo, te felicito de todo corazón. Bueno, ahora que empezaste; contáme lo todo. Vos aquí con el tipo y tu marido. Cómo hacían?

MARTA- Cómo te puedo contar lo que pasó rápidamente?

SILVANA- Ah, no, rápido nada. Yo quiero saber detalles. Cosas concretitas. Cómo se dio la cosa?. Quién habló primero?. Él o vos? Tu marido supo?

MARTA-

No. Mi marido no supo nada. Tal vez sospechó algo. En esa época casi ni nos hablábamos. Las cosas con él iban de mal en peor. No era que discutiéramos. Era como vivir con un extraño en la misma casa, en la misma cama. Desde que Alicia se enfermó, él empezó a cambiar. A pesar de él mismo. Mirá que yo no le echo la culpa de nada. Sólo que no pudo aceptar nunca que su hija fuera diferente. No quería ni verla. No soportaba oír sus aullidos. Le molestaba el olor y los ataques cada vez más seguidos de Alicia. Era incapaz de ir con nosotras a la Sociedad. Se negaba a ver el desfile de médicos que pasó por la casa. Y lo que más le dolió fue que lo señalaran en el barrio como el padre de la boba Alicia. Y en el medio de todo eso apareció Isidoro. La enfermedad de Alicia trajo gastos y más gastos y la plata no alcanzaba para nada. Y a mí se me ocurrió alquilar un cuarto. El primer interesado en aparecer fue Isidoro. Te juro por Dios y la Virgen Santísima que cuando llegó yo no lo miré como hombre ni como nada. Adelante de su cara yo veía la plata de un mes de alquiler. Y si miento que me caiga muerta aquí mismo. Todo se fue dando sin querer. Sin buscarlo. Sin malas intenciones. Aníbal no me hablaba, Isidoro sí. Aníbal ni me dirigía la mirada y los ojos de Isidoro me seguían por toda la casa. Aníbal era incapaz de tocarme; Isidoro me rozaba con su cuerpo cuando nos tropezábamos entrando o saliendo de un cuarto. A veces tocaba mis manos al darme un vaso o cualquier otra cosa. Aníbal empezó a volver cada día más tarde. O a salir sin dar explicaciones. Y yo me quedaba acá sola. Con toda la culpa por lo de Alicia. Sola y encerrada en una casa enorme como es esta. Sola con la

radio y la televisión en una casa donde nunca había visitas y las pocas llamadas de teléfono eran las que hacías vos, tu hijo o las que recibía Isidoro desde Artigas. Entonces, un día, me descubrí esperando a ese chiquilín que podía ser mi hijo. Y era yo la que lo seguía con la mirada y yo la que me ponía a propósito en su camino para sentir el calor y el olor de ese cuerpo tan joven. Pero no vayas a pensar que hacía cosas como las locas de las películas francesas que se aparecen en batas transparentes y se paran en el contraluz de las puertas para que el hombre les vea todo. Lo mío

con Isidoro se fue dando casi sin querer. Sin pedirlo con palabras. Y cuando se dio, lo viví, Silvana, lo viví con alma y vida. Me aferré con uñas y dientes a ese chiquilín pajuerano para no volverme loca. Para no tener que salir yo, también, corriendo de mi casa que me pesaba como un muerto. Yo también quería dejar a Alicia atrás... Pero sabés? En la historia con Isidoro nunca hubo amor ni frenesí. Sabés lo que hubo? Hubo piedad, ternura, cariño.

SILVANA- Todo lo que quieras; pero... y el sexo, nena?. El sexo con ese canarito muerto de hambre habrá sido tremendo. Y no me vengas con esas pavadas del cariño y de la piedad... Se acostaron. Y eso no tiene vuelta de hoja. Y por lo que me imagino habrá sido por un tiempo bastante largo, no?. Bueno, decime, cómo era hacerlo con el paisanito.

MARTA- Las camas que tuve con él no las tuve nunca con mi marido.

SILVANA- Y cuánto duró?

MARTA- Lo necesario.

SILVANA- Ay, con eso no me decís nada.

MARTA- Es que nunca me importó si la cosa con Isidoro iba a durar una hora, un día, un mes o un año. Lo importante fue que pasó.

SILVANA- Tomá con mi hermana menor. Y mamá que siempre pensó que vos eras carne de iglesia...

MARTA- Si te cuento otra cosa, jurame que no te va a reír?

SILVANA - Dale.

MARTA- No. Primero jurá.

SILVANA- Cómo cuando chicas?. (Marta asiente. Silvana hace el gesto clásico de jurar.) Lo juro por ésta.

MARTA- Cuando me acostaba con Isidoro... no pensaba en Aníbal. Ni siquiera pensaba en Alicia. Pensaba en mamá...

SILVANA- Ah, pero vos fuiste, sos y serás una masoquista...

MARTA- Y que querés?. Tanto nos machacó ella con lo de las mujeres livianas y con lo sacrosanto del matrimonio...

SILVANA- Que vos le creíste...

MARTA- Sí. Por qué? Vos no?

SILVANA- A mí ... que querés que te diga?. Mamita - que Dios la tenga en la gloria y que no nos la devuelva - nunca me pareció trigo limpio.

MARTA- Silvana que estás hablando mal de mamá y de una muerta.

SILVANA- Hablo de una viva

MARTA- Vos sabés algo?

SILVANA- No.

MARTA- Entonces...?

SILVANA- Llamalo intuición. Olfato. Tenía un marido que pasaba sus buenos meses embarcado. Ella, una mujer joven, viviendo en un barrio lleno de gente que siempre andaba caliente...

MARTA- Pará. Sabés como lo llamo yo?. (Silvana niega.) Ni olfato ni intuición. Lo llamo lisa y llanamente: borrachera. (mostrándole la botella vacía.)

SILVANA- Ya se acabó?

MARTA- Ya. Traigo otra?

SILVANA- Vos vas a tomar más?

MARTA- Vos no?

SILVANA- Sí. Hoy tengo piedra libre para todo.

MARTA- Vuelvo enseguida. (mutis. Silvana se levanta con la copa en la mano, avanza unos pasos en dirección de Alicia. Sube sonido de un jingle o el fin de una canción y aplausos.)

SILVANA- Salud, Alicia...por nuestro Ruben...(bebe lo que le quedó en la copa. Entra Marta y se queda mirándolas.)

MARTA- Traé tu copa así te la lleno.

SILVANA - (yendo hacia Marta.) Feliz de ella, no? (Marta no contesta.)

Volviendo a lo nuestro. Te dejó él?

MARTA- Quién?

SILVANA- Isidoro Martínez. Tu cuento con el termina de la manera clásica? Joven, muy joven, sin gran experiencia sexual, se acuesta con señora mayor que le dobla en edad y que, se ve desplazada por jovencita preferentemente virgen y novia de siempre del joven.

MARTA- No. Mi cuento termina cuando la señora mayor corta la relación amorosa definitivamente por su propia voluntad.

SILVANA- Él te pedía plata o te robaba cosas...

MARTA- Vos debés mirar más teleteatros que Alicia y yo juntas. Lo dejé a Isidoro cuando mi marido me abandonó del todo. Es curioso, no?

En el mismo momento que podía vivir libremente con Isidoro elegí terminar. No tenía sentido ya para mí lo de nosotros dos. Y se lo dije así a Isidoro. Así como te lo estoy diciendo a vos. No, te miento. Te miento. Y hoy me propuse decir la verdad. O lo más parecido a la verdad que pueda. Cuando le dije de terminar, yo, hasta le pedí disculpas... Sabés lo que pienso, Silvana? Que toda mi vida la he vivido siempre pidiendo disculpas. Hasta para no querer...

SILVANA- (intentando romper el clima.) Así que, de todas las mujeres de nuestra familia, la única que no le puso cuernos al marido fui yo. Mi hermana - acá presente - puta confesa. Mi madre muerta, puta sospechada.

MARTA- Vos lo quisiste a tu marido?

SILVANA- Y si te digo que no...?

MARTA- No? Si parecías feliz...

SILVANA- Entre el parecer y el ser hay una distancia como de aquí a la luna. Nunca lo quise. Me casé con él sólo para salir de esta casa... Nada más que por eso. Él, como candidato, aparte de ser una buena persona, tenía una buena entrada económica. Qué diferencia entre nosotras dos, verdad? Vos te casaste enamorada de tu marido y terminaste teniendo una aventura clandestina. Y yo, que me casé por conveniencia, jamás lo engañé. (por un momento sube el sonido del televisor. Las dos miran hacia allí.)

MARTA - Tenés a tu hijo...

SILVANA- Un hijo normal, querés decir vos...

MARTA- Sí...

- SILVANA- Mi Ruben es como tu Alicia. Cuando vivía acá ni nos veíamos. Vivía encerrado en su cuarto. Comíamos solos. Cada uno en distintos horarios. Hablaba más con los sirvientes que conmigo. Y sabés qué? El padre no se dio cuenta nunca que yo no los quería, pero el hijo sí. Lo supo desde siempre. Había veces que lo descubría mirándome de una manera que me daba hasta miedo...
- MARTA- Pero vos dijiste que desde que se fue te escribe, que te llama por teléfono seguido...
- SILVANA - Porque me precisa.
- MARTA- Ves, ves?
- SILVANA- Porque me usa, Marta. Me usa como siempre lo hizo. Ahora me hace ir a Nueva York sabiendo que yo no quería. Hizo abrir la sucesión. Y como le pareció poca la plata que le tocaba, me hizo malvender todo. La casa, los terrenos de afuera que estaban a mi nombre. Y yo lo hice. Vendí todo. Tal vez pensando en el padre y no en el hijo. A mí, me quedaban sólo dos caminos. Pedirte un lugar para vivir aquí o irme con Ruben... Y antes de vivir de agregada prefiero ser sirvienta de mi hijo. Porque me quiere para eso. Para que le cuide el lugar, los muebles... y ya que estoy para que les pase un trapo, no?
- MARTA- No exageres. No será para tanto. A lo mejor cambió...
- SILVANA- Tendríamos que cambiar los dos. Pero cambiar por dentro. Y los dos sólo cambiamos por fuera. El traerte todo lo que no quise o no pude vender me sirvió para encontrar fotos viejas. Tuyas, mías, de Alicia y de él. Y todos estamos tan distintos ahora, Marta. Tan distintos...
- MARTA- (intenta calmarla.) A lo mejor te gusta vivir en Nueva York...
- SILVANA- (después de mirarla.) A lo mejor...

MARTA- (para romper el clima se levanta.) Lo que queda de vino mejor lo guardo para la cena, no?. (Silvana asiente.) Y sabés lo que vamos a hacer nosotras dos ahora? (Silvana niega.) Lavar la cocina . Vos no tenés ni idea de cómo queda una cocina después de hacer tallarines caseros. En el revoltijo que hay ni Dios rescata lo perdido.

SILVANA- No sos vos la que decís siempre que mañana todo puede cambiar? Entonces; por qué no dejás la limpieza para mañana?

MARTA- Uno tiene que ayudar a sus propios dichos. La cocina no puede lavarse sola. Además tu mañana está en Nueva York y mi cocina te precisa hoy.

SILVANA- Bueno; pero yo seco los platos y nada más.

MARTA- Habló la señora fina de Carrasco. No, no. Vas a compartir conmigo la experiencia maravillosa de limpiar una grasera. Pero para que veas que soy una hermana buena te voy a dejar estrenar unos guantes de goma rojos rubí, que combinan perfecto con el color de tu vestido. Y también tengo para vos una esponja de aluminio con una viruta durísima. Vamos? La cocina es toda tuya. (hacen mutis. La luz va bajando y queda la irreal del televisor. Mientras Alicia hace su monólogo interior, Silvana y Marta entran y salen sacando los elementos del almuerzo, cambian el mantel y preparan la merienda. Alicia dice su texto vista a través de una transparencia, o rompiendo toda lógica, parada y moviéndose.)

ALICIA- ... la nieve, sí. Calles llenas de nieve. Nieve blanca del mismo color del coco rallado del abuelo. Nieve del puerto de Nueva York... El abuelo estuvo en muchos puertos nevados... tal vez estuvo en Nueva York. Mamá... el abuelo te contó si estuvo en Nueva York? Ruben está ahí ...

me lo dijo él? O no? Me lo escribió en una carta? En un papel azul o en una postal como las del abuelo? Fue la tía Silvana la que me lo contó... o lo dijeron ustedes en la conversación de hoy? No será un sueño como los otros? Como esos que tengo en la cabeza y que hacen fuerza para reventar? Lo dijo la televisión. No, no... lo inventé yo. Es otro invento mío. Sí, sí. Ahora, ahora mismo estoy inventando que voy encima de ese barco que muestran en la pantalla... y saludo a alguien del puerto... y la muchacha de la tele hace lo mismo que yo... mi mano y la de ella se levantan, saludan... las dos manos se mueven de aquí para allá, de aquí para allá... y sonrío con su sonrisa, y mis ojos grandes - los ojos de Ruben - se vuelven celestes, verdes, grises... Pero no. Tienen que ser marrones. Marrones y grandes. Si no él no me va a conocer. Ahora estoy toda yo en blanco y negro. Ahora bailo. Ahora camino. Ahora corro... Qué hago en ese camino en medio de la nieve, Ruben? No me gusta esa calle. No me puedo mover, mamá. Hay una mancha negra en la nieve, tía. Una mancha que se va agrandando y que me va a tocar...no; yo quiero la nieve de coco rallado del abuelo. Por qué no viene nadie? No quiero esa nieve casi negra. Quiero la de Nueva York. La blanca. Por qué no venís, mamá y apagás la tele? O sólo la cambiás? O bajás el volumen. La música se me mete en la cabeza. Las palabras me aturden. Mamá...mamá.

(Alicia vuelve a ocupar el lugar que tenía cuando el desayuno. Entran Marta y Silvana. Un momento quietas. Después en silencio Marta va hacia Alicia.)

LA MERIENDA

- MARTA- Está inquieta...Está rara...
- SILVANA- Cómo te das cuenta si ella... Perdoname. No quise ser grosera.
- MARTA - Si ella no se mueve, no habla, no puede pedir nada...?
- SILVANA - Sí...
- MARTA- Cómo me doy cuenta si mis plantas precisan que las riegue? O si tengo que apartarlas de una corriente de aire?. Lo sé. Las conozco y me conocen. Con Alicia pasa lo mismo. (saca el frasquito del primer cuadro. Le pone una de las pastillas en la boca a Alicia. Se vuelve hacia Silvana.) Ahora va a dormir. Una pastilla y un pañal cambiado hacen milagros. (al pasar apaga el televisor.)
- SILVANA - Ahora vas a ver otro milagro. Vuelvo en un momento. Vos esperame acá. Ah, podés ir mirando la caja que aparté. (Silvana, mutis. Marta va sacando de la caja fotos, postales, recortes y cartas. Alguna chuchería que mira y que devuelve nuevamente a la caja. Mira una o dos postales. Toma una de las fotos. Toma el fajo de las cartas y cuando va a ver de quién son, entra Silvana.) Acá tenés el milagro. (entra con mate y termo.)
- MARTA- Y eso?
- SILVANA- Vos no sos de las mujeres que a las cuatro en punto de la tarde; tengas o no tengas ganas, hacés tu merienda con un mate?
- MARTA- Sí, soy.
- SILVANA- Mientras vos cambiabas a Alicia yo preparé el mate. Y no sólo eso: te lo voy a cebar.
- MARTA- Tenés razón; es un milagro. Mi hermana la estirada, la fruncida de la familia, cebándome mate.

- SILVANA- Y ya que estoy, también voy a tomarme alguno...
- MARTA- Ah, no. Yo después de lo que vos dijiste tendría que pararme, levantar los brazos para arriba y gritar: Aleluya, Señor, Aleluya...
- SILVANA- (dándole el mate.) Tomá y callate. (Marta toma. Pausa donde Silvana la mira.) Y...?
- MARTA- Te das más maña para cebar que para limpiar el piso de la cocina. Dejaste unos lamparones así de grandes. (le da el mate. desconfiada.) El agua hirvió bien?
- SILVANA - Claro.
- MARTA- Ahora vas a tomar vos?
- SILVANA- Sí. Por...?
- MARTA- Vos empezá que yo voy a completar tu milagro. (mutis corriendo. Silvana se ceba y toma el mate casi con dificultad. Sonido de un tango que se va acercando. Marta aparece con una radio. La deja triunfal sobre la mesa.) Aleluya, Señor, mi hermana tomando mate amargo con la Radio Clarín de fondo. (el tango que se escucha es "Que va chaché"? de Discépolo... Las dos se miran y se ríen a carcajadas. Silvana le va a servir un mate y da vueltas a la bombilla.) No hagas así con la bombilla. Vas a "lavar" el mate nuevo, che.
- SILVANA - Servite. Qué cosa rara son los tangos, no? Tarde o temprano terminan gustándote. Si hasta Ruben me pidió que le llevara algunos grabados (se escucha la letra en la pequeña pausa: "Rifar el corazón. Tirar la poca decencia que te queda.") Eso es lo que yo estoy haciendo. Tiro la poca decencia que tengo. Rifo el corazón...
- MARTA- (rompe el clima.) Dejá. Sigo cebando yo. La yerba está muy cara. Y con tu estilo de cebar vamos a terminar tomando un mate más y tirando

todo. (mientras hace la faena.) Los vecinos, por la cantidad de cajas que trajiste, deben estar pensando que vos y yo andamos en algún contrabando grande.

SILVANA- Vos sos dueña de todas estas cosas. También tenés que verlas y después vos sos la que resolverás si las regalás, las tirá o las quemás.

MARTA- Estas son las postales que traía papá, no?

SILVANA- Sí. Después de cada viaje se aparecía con un montón de postales. Decía que eran de las ciudades que había conocido...

MARTA- Mentiras del viejo. (pasando las postales.) Lisboa, Vigo, Cartagena de Indias, Bombay... (dejando las postales.) A lo sumo sus viajes habrán terminado en Punta Yeguas y no más allá... (Tomá las fotos.) Ah, mirá el color de estas fotos: amarillo hepatitis. (pasa algunas.) Esto es de un cumpleaños. Y de quince parece. A la pobre le encajaron dos jarrones a cada costado. Quién podrá ser? (le pasa la foto.)

SILVANA- No es la prima Lita?

MARTA- A ver? Ahora que vos lo decís, me parece que sí. Viste las caras de las otras cuatro? Serían las mejores amigas...

SILVANA- Y la ropa... y los peinados...

MARTA- Menos mal que nosotras no estamos.

SILVANA - En esa foto, no.

MARTA- Esta es de un picnic. Qué cantidad de hombres. Serían compañeros del viejo. Por algún lado debe estar él. Vos te das cuenta cuál puede ser? (se la pasa. Toma otra.) Ay, papá y mamá del brazo... mamá con la croquignol. Y qué cantidad de chiquilines abajo. Ah, ésta con las piernas abiertas sos vos.

SILVANA- (al pie.) No. Yo no. Serás vos.

MARTA- Fijate en la nariz. Es la tuya. Los ojos...

SILVANA - Te parece? Yo no me reconozco.

MARTA- Yo soy la del vestidito floreado. La más linda.

SILVANA- La más fotogénica dirás.

MARTA- Mirá. Los abuelos. Pero che, ahora que los miro. No eran tan viejos como a mí me parecían.

SILVANA- En esa foto tendrían más o menos nuestra edad.

MARTA- Vos creés? El nono con su cara de mula de siempre y la abuela con aquel pelo negro y tirante de ella. Era linda, no? Ah, pero y ésta? Esta foto...

SILVANA- Vos y yo en la escuela. Qué manía la de mamá de almidonarnos las tónicas. Parece que en cualquier momento íbamos a levantar vuelo. Y las moñas: Qué exageración. Tan grandes...

MARTA- Hablando de grandes. Mirá ahí, atrás de nosotras, ahí en el medio...

SILVANA- Sí. Otra niña. El que sacó la foto le cortó la cabeza. Sólo se le ve el cuerpo...

MARTA- Sí. Pero qué cuerpito, no? Doble ancho.

SILVANA- No me digas que...

MARTA- Sí. Te lo digo.

SILVANA- No me digas que es la gorda Beba?

MARTA- No, no es.

SILVANA - Menos mal. Porque me parece que vos tenés una fijación con la pobre gorda. Siempre estás hablando de ella...

MARTA- La de la foto es la otra.

SILVANA - Qué otra?

MARTA- La otra gorda...

- SILVANA- Alejandrina Gómez?. (Marta asiente.) Y qué estábamos haciendo?
- MARTA- Es una fiesta de fin de cursos. Aquella donde la Chancha Colorada nos hizo recitar...
- SILVANA- (al pie.) "La higuera".
- MARTA- Exacto. Y quién pudo haber hecho de higuera?
- SILVANA - La gorda Alejandrina Gómez.
- MARTA- Vos lo has dicho. Fijate. En la foto se le ven las hojas de higuera cosidas en la túnica.
- SILVANA- (recita bajo, recordando.) "Porque es áspera y fea... (Marta se une al recitado y las dos van subiendo en su entusiasmo.)... porque todas sus ramas son grises. Yo le tengo piedad a la higuera."
- MARTA- "En mi quinta hay cien árboles bellos..."
- SILVANA- La pobre Alejandrina tenía que estar quieta, parada, en medio de nosotras dos. Me acuerdo patente como si la estuviera viendo ahora mismo que la Chancha Colorada le había hecho levantar los brazos bien altos y en cada mano le puso un higo maduro.
- MARTA- Y vos y yo dábamos vueltas alrededor de Alejandrina recitando con ademanes.
- SILVANA- (dando vueltas alrededor de una Alejandrina imaginaria.) "Por eso cada vez que yo paso a su lado..."
- MARTA- (se une a su movimiento) ..digo..
- SILVANA- ..es la higuera el más bello de los árboles del huerto" (han
- MARTA- terminado tomadas de las manos. Accionan como si realmente fuesen dos niñas grandes.
- MARTA- Vamos a hacer como que Alicia es la Alejandrina? (giran, ahora, alrededor de Alicia.)

SILVANA- "Y tal vez, a la noche...

MARTA- ...cuando el viento abanique su copa...

SILVANA- ...embriagada de gozo le cuenta:..."

MARTA- Y para terminar Alejandrina decía, moviendo los higos y las hojas de su túnica: "Hoy a mí me dijeron hermosa". (saludan como lo harían en el acto escolar. Ríen fuerte.)

SILVANA- Qué cruel que era la Chancha Colorada. Mirá que hacerle decir a la pobre de Alejandrina: Hoy a mí me dijeron hermosa..(van acercándose a la mesa.)

MARTA- Justo a ella que no tenía gracia para anda... Pero, quién le decía algo a la Chancha. Como directora era bravísima. Esos seis años que pasamos en la escuela con ella...

SILVANA- (la corta.) Para vos fueron siete. Quedaste repetidora en tercer año...

MARTA- Por faltas. No por burra. (la mira.)

SILVANA- ... no es para que te pongas a llorar...

MARTA- Lloro por las fotos, sabihonda. Adulona de las maestras y de la Chancha Colorada. Ah, pero qué plato esa foto...

SILVANA- Mirá que hay más.

MARTA- Después las miro. Dejame descansar un poco. Estas cartas parecen nuevas. No tienen color ni olor a viejas...

SILVANA- Son las que Alicia le escribió a Ruben cuando eran novios...

MARTA- (al pie) Novios nunca fueron.

SILVANA- Marta...

MARTA- Bien sabés vos que desde un principio yo me opuse a ese disparate.

SILVANA- Marta; ellos salieron, se vieron...

MARTA- Siempre a escondidas, no con mi permiso.

SILVANA- Nunca te entendí.

MARTA- (Van subiendo en su discusión.) No quisiste entenderme. Me colgabas el teléfono...

SILVANA- Es que vos te ponías tan intransigente.

MARTA- Me ponía como me tenía que poner.

SILVANA- Pero mi hijo la quería.

MARTA- Ahora me vas a salir con que lo entendías a tu hijo?. Qué; él te hablaba y te contaba de Alicia?. Recién dijiste que no se podían ni ver. Además si tu hijo la quería tanto como vos me decías; por qué dejó las cartas de ella tiradas?

SILVANA - No las dejó tiradas.

MARTA- Ah, no?. Y cómo las tenías vos?. No me digas que te las dejó como recuerdo. Si tanto le importaba Alicia se las hubiera llevado con él. A lo mejor le hacían mucho bulto en las valijas o no podía pagar el sobrepeso. Como, según vos, andaba corto de plata... Las palabras de mi hija ahí, al alcance de cualquiera... Para que se rieran de ella. Tu hijo no tenía ningún derecho. Y vos, Silvana, sabés mejor que nadie que ellos dos no podían tener ningún tipo de relación.

SILVANA- Por qué no?

MARTA - Te lo repetí más de mil veces. Ruben y Alicia son primos hermanos. La misma sangre. Las taras de la familia se contagian.

SILVANA - No digas disparates. Es de atrasados el pensar así.

MARTA - Y bueno; seré atrasada. Pero yo sé y vos sabés que el abuelo murió en el Vilardebó. O vos ya te olvidaste de eso?. Y los ataques de nervios de mamá? Y Alicia... no te tengo que decir que la mires; sólo que te hagas la ciega para no ver, para no darme la razón. Y tendrías que dármele.

No dice todo el mundo que los locos tienen la razón? O tengo que decir: que los locos tenemos la razón? Y decime, qué hijos iban a tener tu Ruben y mi Alicia.

SILVANA- Cuando ellos se veían Alicia estaba bien...

MARTA- Estaba bien? Y si estaba bien; cuánto tuvo que ver tu hijito Ruben para que mi Alicia esté como está. Cuánto ayudó él?

SILVANA- Qué querés decir?. Le estás echando la culpa a mi hijo?

MARTA- Vos sabrás. Vos leíste estas cartas?

SILVANA- No. (Marta la mira fijo. Silvana baja la cabeza.) Sí.

MARTA- Entonces me imagino que acá estarán escritos todos los detalles. Los detalles que tendrían que haber quedado sólo entre dos personas. Detalles que tendrían que haber nacido y muerto entre esas dos personas y nadie más. Nadie. Decime; ya que vos estás enterada, está escrito que se acostaban?. Alicia le contó del embarazo no buscado? Discutieron el precio del aborto? Pero algo bueno hay que reconocerle a tu hijo; se hizo cargo de la deuda. Consiguió la plata. A lo mejor lo pagó con plata tuya, no?. No, no digas nada. No me cuentes nada. Yo también quiero tener sorpresas al leer las cartas de mi hija. Total. Ya son públicas, no?. De todos esos detalles al coma de Alicia hubo un solo paso. Cuánto tiempo pasó?. Una semana?. Dos? Capaz que casi un mes Y qué hizo tu hijo en ese tiempo?. Qué hiciste vos?. Nada. (mueca que es una sonrisa.). Nada, no. Algo hicieron los dos. Se borraron.

SILVANA- Marta, yo...

MARTA- No quiero escuchar nada más. (por las cartas.) Acá está mi hija Alicia la que salía con Ruben. La que iba y venía como un torbellino por toda la casa, la que se reía fuerte, la que soñaba...y ahí tenés la Alicia que

me dejaron. Una muñeca grande. Una muñeca vieja a la que hay que lavar, peinar, cortar las uñas, vestir ... Una muñeca vieja que tarda mucho en morirse. Demasiado. Una muñeca que se tiene que morir antes que yo porque no puede vivir sola. (ofreciéndole a Silvana el frasquito.) Tomá. Vos no nos querías ayudar? Dale todas las pastillas, Dáselas. Así terminamos de una buena vez. Es facilísimo. Alicia abre la boca sin problemas. Es sólo animarse a dárselas. Capaz que vos podés. Dale. Tomá. Ayudanos. (Silvana retrocede hasta darle la espalda a las otras dos. Pequeña pausa. Marta abre una de las cartas y comienza a leer en voz alta.) "Ruben mío: Otra carta. Es la segunda del día que te escribo. No te cansaré?. No me alcanza con verte, con hablarte por teléfono, con acostarme contigo a las escondidas y a las apuradas. Quiero escribirte. Contarte todo lo que siento para que me conozcas bien. Me muero por estar contigo..." (en algún momento Marta ha ido bajando la voz. En contraste, Alicia va subiendo la suya. Por un momento las dos dicen juntas el texto. Luego seguirá Alicia sola. Durante esto, Marta arruga la carta y la tira a un tacho junto con las otras y las prende fuego. La luz baja sobre Silvana y Marta que, como en un rito, retiran los elementos de la merienda y preparan los de la cena. Alicia iluminada por el fuego de las cartas. Tema musical que acompañará la carta de la adolescente.)

ALICIA- "Ruben mío. Te escribo en mi cuarto. Hago esta carta en mi cama. Al lado mío tengo el osito que me regalaste ayer. Te dije que le iba a poner un nombre lindo. Ya lo tengo elegido. Le puse Michi. Te gusta? Y si no te gusta me da igual. Porque ahora el oso es mío. Vos me lo regalaste para mí. Así que puedo hacer con él lo que yo quiero...

Duerme conmigo. Es tan calentito. Ahora cuando termine la carta le voy a dar muchos besitos. Besos en el hocico, en los ojos, en las orejotas... y en la panza. Estás celoso?. Bobo. Más que bobo. Si yo te quiero más a vos que a mil osos juntos. Y más todavía que a ese cantante que vos sabés y que no me dejás nombrar. Te quiero más que a mis amigos, más que a mi madre y más que al abuelo, que ya está muerto, pero al que quiero como si lo hubiera conocido. Te lo voy a poner con letras muy grandes. Te extraño, te quiero, te precisa tu Alicia. Post data. Soy tuya. Sólo tuya. Sin vos no sé si puedo vivir. Sin vos yo me mato o me dejo morir. Te quiero. Te adoro. Antes de dormir te escribo otra carta o te llamo por teléfono. Saludos de Michi y míos. Alicia." (la luz baja sobre ella. Por un momento sube el tema musical.)

LA CENA

(Sobre la mesa dos tazones de café con leche. Marta junto a Alicia. La maneja como si fuese una muñeca. Le pone un camión o bata. Luego, lentamente, irá lavándole las manos, brazos, cara y cuello con un líquido del que se sienta realmente el olor. Entra Silvana en silencio. Las mira desde su lugar.)

SILVANA- Ya pedí el taxi... (Marta sigue con su labor.) Van a llamar cuando manden el coche... Café con leche bien caliente. Y pan y manteca. Me trae tantos recuerdos el olor del café... Las cenas en la cama... Mamá trayéndonos el café con leche en unos tazones como éstos. Un café con espumita con la manteca derritiéndose adentro y formando manchas

verdes amarillentas que se iban agrandando. A vos te gustaba con nata.

A mí, no. El mismo olor de cuando, vos y yo, éramos chicas; Marta...

ALICIA- (siempre manejada por Marta.) No te va a contestar, tía Silvana. No esperes que ella diga algo. Conozco esas arrugas que se le forman a los costados de la boca. Conozco la forma con que mira cuando no va a hablar... Cuando está así. Tía, me aprieta tanto los brazos que me deja machucones. Cuando está así, tía Silvana, me pasa muy fuerte el trapo con esa mezcla de colonia y alcohol que siempre me da asco, me revuelve el estómago y me da ganas de vomitar. No lo ves, tía? No lo ves?...

SILVANA- Me quedaron los brazos doloridos de llevar tantas cajas hasta el galponcito. Por un momento se me durmieron. Qué fea sensación que es no? Y después sentir el hormigueo cuando la sangre empieza a circular bien y te viene como un temblor... Ah, pero mirá que una junta tanta cosa; eh? Y para qué. Tantos papeles, fotos, ropas viejas y hasta juguetes rotos. Viste, no?. No sé vos, pero a mí me ha pasado de encontrarme con algo y preguntarme: para qué guardé yo esto?. Por qué?... Parece mentira algo que tuvo mucha importancia en un momento, ahora no significa nada. Y por más que se haga fuerza, uno no se acuerda. Y entonces esa cosa fea, vieja, deslucida que se tiene en las manos - definitivamente - no significa nada. No tiene ningún valor. Y eso te puede pasar con un recorte, con un adorno sin importancia, con una foto llena de desconocidos... y hasta con las hojas o flores secas que se guardan en los libros o en las cartas... de dónde salieron? Quién de nosotros las recogió?. Las guardé yo? Vos, Marta? O fueron ellos?. Tal vez Ruben... Acaso Alicia...

ALICIA- No va a decir nada, tía. Se va a seguir tragando las palabras. Va a seguir mirando de reojo. Pronto me va a peinar, tía Silvana, tironeándome el pelo con fuerza. Y me va a cepillar cien veces metiéndome las púas del cepillo hasta hacerme temblar de dolor. Igual, ella, va a seguir. Murmurando entre dientes: cincuenta, cincuenta y uno, cincuenta y dos... así hasta llegar a cien. No la ves, tía? No me ves, tía Silvana?

SILVANA- Allá, en Nueva York, Ruben no debe tener plantas naturales como estas tuyas, Marta. Si tiene alguna será de plástico. De esas brillosas, como orgullosas de ser artificiales, agresivas con su pátina de vida artificial. Esas sólo precisan un poco de agua para sacarles el polvo de las hojas que no son hojas. Plantas totalmente asépticas. Sin ningún olor... Ah; los olores, Marta. Dónde voy a encontrar los míos en Nueva York? No voy a tener más el de los eucaliptus ni el de los pinos de todas las mañanas. Y el olor del mar... Ese, tan particular, que es de acá y nada más que de acá. Qué olores voy a sentir Marta, cuando viva allá? Cuando esté sola, encerrada en ese apartamento de un barrio de Nueva York del que nunca puedo aprender el nombre...

ALICIA- Ya está transpirando, tía. Ya siento el olor de mi madre. Ese olor fuerte, agresivo, que es sólo de ella. El mismo olor con el que me despierto y con el que me acuesto. No te va a contestar, tía Silvana. No te quiere contestar. Te va a dejar hablar y hablar hasta que vos, sola, te quedes callada. Te quedes en silencio; sin hablar. Hasta que te quedes muda como yo y como sus plantas. Entonces, cuando las dos estemos como ella quiere; entonces sí, tía Silvana, ella va a hablar. Va llenar esos silencios tan largos con sus palabras o, si no, con el ruido de la

televisión o la música de la radio. Por su transpirar, por el sudor que le empieza a asomar encima de los labios sé que ya falta poco para eso, tía. Sólo falta que te vayas y que nos quedemos ella y yo, solas en esta pieza. Sentís tía, su olor, le ves el sudor, tía Silvana. No oís cómo respira? No oís ese ruido que me aturde, y que retumba tan cerca de mis oídos. Tía...Tía...

SILVANA- Tengo miedo, Marta. Miedo a todo. Lo que nunca me pasó antes, me pasa ahora. Tengo miedo del viaje en avión. Miedo de la persona que se sienta al lado; del que va adelante, de los que tenga atrás. Miedo de llegar al aeropuerto y que no esté Ruben esperándome como dijo. Miedo a que sea otra mentira de él, una nueva trampa. Miedo a que pase algo, y yo esté ahí, en el medio. Los noticieros muestran a cada rato terroristas locos, incendios, atentados, inundaciones. Todas estas últimas noches me despierto gritando, envuelta en un sudor frío y tratando de recordar lo que soñé y empezar a ver de una manera vaga que estoy en medio de una calle llena de nieve o en un puerto del que nadie sabe el nombre... Tengo, también, todos esos miedos chiquitos: mi hijo me va a atender bien? Yo podré estar todos los días rodeada por adornos que no son los míos; de ruidos que no conozco? Podré salir? O me quedaré encerrada en ese barrio, de nombre tan difícil, lleno de extranjeros... Y dónde me voy a morir, Marta?

ALICIA- Ya no te va a contestar más, tía. Ya no va a decir nada. Ninguna palabra. Se va a morder los labios fuerte hasta que le queden blancos y los dientes le abran una lastimadura por donde le va a asomar la sangre. Para no contestar, tía, me va a clavar las uñas hasta arañarme hondo. Para no decirte nada, tía Silvana, va a temblar de la misma

forma que cuando la encontré semi desnuda con aquel estudiante tan joven como yo. Para no escucharte, tía, va a apretar las manos hasta convertirlas en puños como cuando supo que me acostaba con mi primo... Y cuando vos te vayas, tía va a romper, va a pegar, va a sacudir para tratar - de nuevo - de sacarme la vida que tenía... hasta dejarme - otra vez - envuelta en sangre. Una sangre tan oscura y espesa, tía. Una sangre casi negra que se abría y corría por el piso blanco de mi cuarto. Un piso blanco como la nieve. No sentís su aliento, tía?. No lo sentís, tía Silvana?.

SILVANA - De las dos hermanas vos siempre fuiste la más fuerte, Marta. Yo no. Nunca lo fui. Ahora mismo ni sé como voy a vivir allá lejos y eso me da miedo. Parecido al que voy sentir cuando me vaya de tu casa. Sé que voy a tener miedo cuando trate de dormir en mi casa que ya no es mi casa. Sabés lo único que hay en aquel caserón en este momento? Una valija ya pronta, un bolso de viaje, una toalla de mano, un jabón usado y una frazada vieja para poder tirarme y tratar de dormir sin soñar. Me gustaría poder decirte tantas cosas antes de irme y no me queda tiempo, Marta. Dentro de unas pocas horas me voy y... pasamos un día entero recordando cosas y recién me doy cuenta... es algo que, desde hoy, me está dando vueltas en la cabeza... recién me doy cuenta que yo, solamente, estuve recordando tus cosas. No las mías, No mis recuerdos. Solo los tuyos. Porque a vos te pasaron cosas. Ahora me estoy dando cuenta que a mí nunca me pasó anda. Vos viviste. Te quisieron, quisiste. Tenés recuerdos: algún gesto, alguna palabra de amor, tal vez una caricia y un te quiero dicho de verdad. Y también lloraste y sufriste, Marta, sí. Pero a vos - por lo menos - te quedó el dolor. Y a mí

ni siquiera eso. No tengo nada ahora, no tuve nada antes. Lo material que tuve se lo llevo, en un rollo, a mi hijo que me es totalmente indiferente. Pero; y lo otro?. Lo demás?. Lo que no se puede poner dentro de un rollito de dólares?. Hoy supe que pasé por la vida sin que me haya pasado nada. Y mañana cuando esté en Nueva York tampoco me va a pasar nada. Me voy con esta nada a otra nada desconocida. No, no... algo me llevo, sí. Lo que arrastré siempre y que no quise ver nunca. Me voy con mi miedo, Marta. Siempre va a estar conmigo. Ayer en esta casa cuando chica, hoy de grande y mañana también... Mañana, Marta... quién sabe cómo va a ser mi mañana... (suena el teléfono fuerte.) La llamada para confirmar el taxi... (Silvana mutis. Marta gira para mirarla. Después se vuelve hacia Alicia y sigue con su tarea.)

ALICIA- Tus manos frías de siempre, mamá. Las de las pocas caricias. Las mismas que todos los días dudan en darme más pastillas. Las suficientes como para que sueñe para siempre. Tus manos tan frías, mamá. Las de siempre. Las de las pocas caricias... (entra Silvana terminando de ponerse la chaqueta y con cartera. Vestida tal como empezó la obra.)

SILVANA - Ya viene el taxi... en unos pocos minutos; dijo. Me puedo llevar unas fotos?. (Marta se vuelve lentamente. Todavía sin mirarla; asiente.) puedo agarrar las que yo quiera? (Marta la mira y asiente Silvana busca. Ahora es ella la que evita mirar a Marta.) Me llevo ésta de mamá con papá. Una de Alicia... Esta otra tuya donde estás sola. Y, por supuesto que la de la escuela; la que tenemos con Alejandrina Gómez. Con la gorda chica como vos le decís... Me dejás que la lleve?.(se miran. Suena, afuera, la bocina.) El taxi... Me tengo que ir...(no se

mueve.) Las llaves de mi casa... dónde las tengo? (busca). Ah, acá están. Las voy a separar así las tengo a mano. (bocina más insistente.) Me voy, Marta. Me tengo que ir... (Marta no la mira. Silvana no sabe qué hacer. Camina. Se vuelve.) Te prendo la luz...? (Marta, de espaldas, niega. Silvana camina. Se detiene. Sin mirar a la otra.) Se te va a enfriar el café con leche... (va al mutis. Antes de salir se vuelve hacia la otra en el mismo momento que Marta gira hacia ella. Corren. Se abrazan fuerte.) Te llamo... (Marta asiente. Bocina fuerte afuera.) Te escribo también... (Marta asiente. Bocina. Silvana se desprende del abrazo y sale corriendo. Marta, sola, mira toda su casa. Lentamente comienza a moverse, Cansadamente enciende el televisor. Después, la radio. Los ruidos del televisor se confunden con los del tango de Discépolo. Marta toma el cepillo y va hacia Alicia. Comienza a peinarla.)

MARTA-

Otra cana, Alicia... Cada día que pasa te aparecen más canas... Y el pelo lo tenés demasiado largo. Habrá que cortarlo... (Pausa donde aspira hondo.). Capaz que mañana lo hacemos. Sí, mañana voy a ponerme en campaña para cortarte el pelo... (comienza a contar en voz alta las cepilladas.) ... Seis... Pronto vendrá el calor... Siete ... y no podés estar con el pelo así...ocho... Sí, sí; mañana lo vamos a hacer... Nueve... Y sabés qué podemos hacer mañana también?... Diez... Tomarle el pelo a las gordas...Once...Sacamos para afuera una de estas plantas. La que esté más linda.. Doce... La ponemos en el frente. Bien a la vista... Trece... que cualquiera que pase por la vereda la tenga que ver...Catorce... Y nosotras dos nos instalamos atrás de la persiana para poder ver las caras de Beba y de Alejandrina... Quince... Capaz que

mañana si tenemos suerte, le ganamos al mal de ojo de las gordas...
Dieciseis... vas a ver que mañana, sí. Mañana todo puede cambiar,
Alicia... Diecisiete...Mañana, Alicia, mañana... (la luz baja hasta llegar
al apagón final. En contrapunto, el tango y los ruidos del televisor
suben hasta tapar los parlamentos de Marta.)

F I N